

NUESTRO SEGUNDO NIVEL DE LA ENSEÑANZA: CONSIDERACIONES SOBRE EL ORIGEN DE SU ORIENTACION

Pedro J. Vertúa

Cuando los Ministros de Educación de todo el país resolvieron en la IV Asamblea Extraordinaria del Consejo Federal de Educación aprobar los "Objetivos pedagógicos del nivel medio", posiblemente no tuvieron exacta noción de la trascendencia de dicho acto.

Dicho documento implica un cambio rotundo en la orientación asignada hasta el presente al segundo nivel de la enseñanza. El párrafo que transcribimos a continuación, confirma lo expresado respecto a la finalidad del llamado "Nivel Medio":

"El Ciclo Superior del nivel medio aspira a capacitar al educando, a través de una formación humanística y científica, para acceder a los estudios profesionales en el nivel superior y adquirir una formación laboral que le permita incorporarse a las tareas productivas. La intencionalidad pedagógica de la escuela de la adolescencia será la de introducir al educando, mediante la utilización de un pensamiento reflexivo, en el mundo estético, moral y social, y la de conferir asimismo una capacitación profesional acorde con las necesidades futuras del desarrollo político, social, económico y cultural de la región y del país".¹

Esta importante formulación respecto de lo que deben ser los Ciclos Superiores del Segundo nivel, que significa una ruptura con la tradición educativa del país, pasó prácticamente desapercibida para los estudiosos de la historia y la política educacional argentina desde el momento que, ni las publicaciones especializadas ni los grandes diarios que dedican considerable espacio a estos temas, emitieron opinión sobre el tema.

Para comprobar lo aseverado en lo que se refiere al cambio sustancial que representa para la orientación de la enseñanza secundaria, nada mejor que historiar el proceso que dio origen a la misma.

En primer lugar tenemos que demostrar la íntima relación que existe entre nuestro sistema educativo y la educación occidental, entendiendo por ésta, a la que se deriva de las concepciones formadas en la Grecia clásica.

La verificación de esta vinculación es importante para comprender las características que distinguen a nuestro subsistema educativo del segundo nivel.

Ciertos datos nos permiten afirmar a priori la validez de la tesis sustentada. Uno es el que surge de la consideración de la denominación de "Educación Media" que se le asigna al mismo. Ello presupone que no tiene un fin en sí misma sino que constituye una etapa preparatoria para acceder a un escalón superior de estudios.

Otros elementos surgen del análisis histórico de la educación occidental. Para comprobarlo no nos queda otra alternativa que reseñar sus distintas etapas y certificar vigencia en el tiempo y en el espacio.

Un sistema educativo es siempre el resultado de un largo proceso de gestación. Por eso creemos que nuestro subsistema educativo del segundo nivel no se inicia con la erección del Virreinato del Río de la Plata o con las invasiones inglesas, punto de partida de nuestro devenir histórico según algunos autores, sino en el momento en que el hombre descubre la escritura en el lejano Súmer.

Su elección como hito de partida del cual nace la Historia, surge del reconocimiento de su trascendencia. Gracias a la escritura los hombres pudieron agruparse en forma estable, dando así origen a la sociedad política. Porque no hay Estado sin organización, y ésta se fundamenta en una administración adecuada, y sólo puede contarse con ella si existe un sistema que permita registrar los datos imprescindibles para la conducción de la sociedad.

Para cumplir con sus funciones específicas, le era indispensable al gobernante tener a su servicio, personal capaz de realizar esa tarea,

lo que implicaba la existencia de personas destinadas a capacitar a dicho personal, esto nos permite afirmar que se constituían en forma embrionaria en integrantes de un sistema educativo.

Dado que aspiramos a comprobar la tesis de que nuestra educación es parte del sistema educativo de Occidente, y que éste se nutre de la educación clásica nacida en la Hélade, la que se consolida gracias a la unificación del mundo mediterráneo alcanzada por los romanos; no corresponde hacer así mención de cómo fue la educación en el Oriente próximo y lejano desde el momento que ésta respondía a otras motivaciones.

El análisis de la educación griega ofrece una rica veta para nuestros propósitos. Ella estaba destinada a los mejores, es decir, a los aristócratas, pues para los helenos no todos los hombres podían ser educados, ya que había que tener condiciones que sólo se daban por el nacimiento. En esa línea de pensamiento adquiere sentido la afirmación aristotélica: "Algunos hombres nacieron para ser esclavos".

Y este criterio, pese a distintos intentos por modificarlo, perduró y se proyectó en la educación occidental. Una primera prueba de la relación entre el sistema educativo argentino y aquélla, la ofrece la vigencia en nuestro medio de ese ideal aristocrático forjado por la educación clásica, que lleva a los argentinos que quieren destacarse a dedicarse a profesiones basadas en la capacidad intelectual, despreciando las que requieren el trabajo manual o apuntan a lo meramente utilitario. Un ejemplo de esa actitud es la que reflejó magistralmente Florencio Sánchez en su obra "M'hijo el doctor".

Retornando a nuestra síntesis histórica, podemos apreciar que hubo en Grecia un intento de modificar la concepción educativa. La misma obedeció a la transición hacia formas de gobierno democráticas operada en algunas polis. Les correspondió a los sofistas el mérito de haberlo intentado. Sostenían que la virtud no sólo se adquiere por el nacimiento, sino que puede alcanzarse también por la educación. La democracia exigía que los que debían decidir estuvieran capacitados para ello, de allí su preocupación por extender la formación a todos los ciudadanos.

Con criterio pragmático buscaban la eficacia, a la que erigían en criterio de valoración; por ello afirmaban que el aprendizaje de las artes y oficios brindaba a los hombres la oportunidad de destacarse en la comunidad. Su postura igualitaria hacía a todos los oficios meritorios, no solamente al de gobernar.

Pero su cuestionable pensamiento filosófico hizo que su prédica

fuera importante, pues el desconocer el valor inestimable que tiene la búsqueda desinteresada y objetiva de la verdad en la formación de la personalidad, permitió a los filósofos clásicos rechazar su concepción y desprestigiarlos ante la opinión pública.

Pese a ello, su aporte a la educación fue muy importante. Fueron los sofistas los que agruparon en forma orgánica las materias que reputaban como básicas para la formación del orador político que reclama la democracia. De allí las tomó la educación helenística —dándole otro sentido— para integrar los contenidos destinados a formar al hombre culto, y que, en la Edad Media conformaron las siete artes liberales.

Durante la época helenística y el período del predominio romano no varió la concepción de la educación establecida por los filósofos clásicos.

La difusión del cristianismo produjo, inicialmente, una ruptura con los principios educativos imperantes, desde el momento que su doctrina revalorizó la importancia del trabajo manual. Sus adherentes imitaron el ejemplo dado por su Maestro y los Apóstoles, que fueron trabajadores manuales.

San Pablo lo expresa, con toda claridad, en su carta a los cristianos de Tesalónica, que transcribimos por la firmeza con que destaca la importancia del trabajo personal y porque está dirigida a creyentes de origen griego:

“6 = Hermanos, les ordenamos, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que se aparten de cualquier hermano que no quiera trabajar y que no viva de acuerdo con las enseñanzas que nosotros les hemos transmitido. 7 = Pues ustedes saben cómo vivir para seguir nuestro ejemplo; nosotros no vivimos entre ustedes sin trabajar. 8 = ni comimos el pan de nadie sin pagar. Al contrario, trabajamos y luchamos día y noche, para no serle una carga a ninguno de ustedes. 9 = Aunque teníamos el derecho de pedir que ustedes nos ayudaran, sin embargo trabajamos para darles un ejemplo a seguir. 10 = Porque cuando estuvimos con ustedes les dimos esta regla: El que no quiera trabajar que no coma. 11 = Pues nos dicen que algunos de ustedes viven sin trabajar, muy ocupados en no hacer nada. 12 = A tales personas les mandamos y encargamos, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, que trabajen tranquilos para ganarse la vida”.²

Pero la defensa que tuvieron que hacer los cristianos de sus convicciones ante los ataques de los intelectuales paganos, los obligó a tener que asimilar la cultura clásica para poder responder, con éxito, a las objeciones que hacían a su doctrina.

De esa actitud nacieron los intentos de "bautizar" el pensamiento pagano, pues consideraban que el mismo contenía elementos útiles para un mejor conocimiento de Dios.

Por esa causa, la educación clásica recuperó el lugar de privilegio que había tenido, al estimarse que la misma se prestaba para fundamentar los estudios teológicos y bíblicos. Además, la disolución de la estructura de gobierno romano obligó a los reyes bárbaros que se hicieron cargo del mismo a buscar personal letrado que colaborase con ellos, y únicamente pudieron conseguirlo en el seno de la Iglesia, que necesitaba contar para su misión con personas que pudieran leer los textos sagrados necesarios para el culto y la evangelización.

Pese a ello, en la persona de San Benito de Nursia, el cristianismo medieval hizo un intento para retornar a su concepción primitiva. Al dar forma orgánica al monasticismo, estableció en su regla, la obligación de dedicar a la actividad manual el doble de tiempo que se dedicaba al estudio. Su lema "Ora et labora" expresa muy concisamente el espíritu que debía animar la vida monástica.

Gracias a San Benito el trabajo manual dejó de ser reputado como un quehacer servil. Tampoco era una necesidad impuesta como consecuencia del pecado original, sino un rico aspecto de la vida religiosa que permitía que las obras realizadas por medio de las manos estuvieran también dirigidas a la mayor honra de Dios.

Si bien no entraba en los planes del fundador de la Orden Benedictina, en sus monasterios también se desarrolló el saber. Casiodoro logró que se considerara la copia de las obras más importantes de la Antigüedad como una actividad manual. Esto dio lugar a un hecho inédito hasta entonces; que los monjes fueran trabajadores instruidos, constituyéndose así en los primeros intelectuales que no temían ensuciarse las manos con el trabajo manual.

Las reformas en materia educativa llevadas a cabo por Alcuino, que se concretaron en las Capitulares de Carlomagno, dejan de lado el trabajo como finalidad de la educación y retornan al esquema de la concepción clásica. Las mismas responden al criterio sustentado por Casiodoro en su obra "Enseñanza divina y secular", estructurada sobre la base del pensamiento agustiniano que afirmaba que las materias clásicas eran válidas para la interpretación de la Sagrada Escritura. Pero esa distinción en el título de la obra favoreció la división entre los estudios seculares y los orientados al estudio de la Biblia que se iniciará a partir del Renacimiento.

La dislocación del Imperio Carolingio y la subsiguiente apari-

ción del feudalismo, reforzaron aún más esta concepción, al distinguir claramente en la sociedad tres estamentos diversos, cada uno de los cuales tenía asignada una función privativa. El clero se ocupaba de la salvación eterna, la nobleza de la protección y el estado llano del trabajo. La condenación del espíritu de lucro, propia del ascetismo medieval, y la valoración de la vida celestial en desmedro de la terrenal, contribuyeron a dar mayor relieve a la falta de aprecio por la actividad manual.

La primera Cruzada dará lugar a un movimiento renovador en la sociedad europea, renovación que alcanzará a la educación. La necesidad de abastecer a los cruzados instalados en Tierra Santa dio origen al renacimiento de la vida urbana en Occidente y a la consiguiente aparición de una nueva clase social: la burguesía.

Los miembros de la burguesía no compartían los principios que regían en la sociedad feudal, pues dieron particular importancia a la actividad económica y, como para ello necesitaban contar con personal capacitado para ejercerla, dieron impulso a la educación, pero no a la tradicional sino a la que brindaban las corporaciones de artesanos, ya que ésta tendía a la especialización en una determinada ocupación, que era exactamente lo contrario de lo que pretendía la educación clásica.

El nombre de universidad, dado posteriormente a las casas de estudio, deriva del término latino que designaba, originalmente, a las corporaciones de maestros y alumnos que las sostenían, lo que demuestra la influencia que ejercieron los gremios en el desarrollo de la enseñanza.

Pero los pedagogos no prestaron atención a esta modalidad educativa. Unicamente la rescataron los que muchos siglos después se vieron enfrentados con la necesidad de capacitar a un número elevado de personas en diversos oficios, dando nacimiento a esa forma atípica de la educación que es la Formación Profesional. La misma no es otra cosa que una adecuación del aprendizaje realizado al lado de una persona que ya poseía los conocimientos y las técnicas propias del oficio, que era el sistema de capacitación utilizado por los gremios medievales. Este proceso paulatino de aprendizaje, con pruebas periódicas y cada vez más exigentes, constituía un sistema de educación que podría haber sido adaptado con éxito por la educación clásica, si los prejuicios contra el trabajo manual no hubieran sido tan sólidos.

El Humanismo significó una alteración radical de la concepción

sobre la que se fundaba la sociedad medieval. Si bien no fue un tránsito brusco, —los procesos históricos son siempre graduales— desde el comienzo sus principios fundamentales se apartaban totalmente de los sostenidos en la Edad Media. La exaltación de la persona humana, de la dignidad individual y de la capacidad intelectual contrastaban con el ascetismo que la caracterizara.

Su concepción educativa, que deriva directamente de la creada por los griegos, era —como aquélla— eminentemente aristocrática, pues estaba destinada a formar un grupo selecto. De allí nace su desinterés por una enseñanza orientada hacia fines utilitarios, y que permitiera el acceso de los sectores más bajos de la sociedad.

La revolución espiritual iniciada por Lutero al destruir la unidad religiosa del mundo europeo favoreció, sin proponérselo, la difusión del espíritu laicista y racionalista que caracterizaba a los humanistas. Su doctrina importaba una negación del criterio medieval que concebía la perfección como un apartamiento de las cosas de este mundo transitorio, desde el momento que consideraba que dicha perfección debía lograrse en la vida de relación. Si bien negaba los valores en que se asentaba el Humanismo, al quebrantar la autoridad de la Iglesia, hizo posible su exclusión de todo aquello que no estuviera relacionado directamente con la religión.

Para Lutero, la instrucción pública era una función esencial del Estado. Por dicha causa sostenía que los gobernantes podían imponerla a sus súbditos. Pero ese Estado era concebido por el teólogo alemán como una entidad al servicio de la nueva Iglesia, desde el momento que la educación popular estaba destinada a facilitar la iniciación religiosa de los habitantes del mismo. Posteriormente, los pensadores de la Ilustración, partieron de ese principio, pero lo interpretaron de otra manera al afirmar que la finalidad de la educación estatal es otra, la de promover la felicidad de los ciudadanos por medio de la preeminencia de los principios racionales.

Lutero se preocupó también de la escuela media. Según su punto de vista, la finalidad de la misma era la de preparar adecuadamente para los estudios superiores, de los que surgirían los futuros dirigentes de la Iglesia y del Estado.

Su innovación consistió en que, además de capacitar a los alumnos para poder leer la Sagrada Escritura en su propio idioma, se los preparaba para ejercer alguna función profesional. Ya que no todos los hombres estaban llamados al gobierno de la sociedad, mantuvo la

distinción entre las escuelas destinadas a las clases altas y las que se dirigían a la atención de las clases bajas.

La reforma católica, especialmente por obra de los jesuitas, procuró contrarrestar la expansión protestante. La preocupación por la educación media y universitaria fue una de las áreas en que se destacó la orden fundada por San Ignacio de Loyola. Dentro del marco de la tradición clásica pusieron el acento en aquellos aspectos que apuntaban a modelar al alumno en la obediencia y la disciplina. Al elevarlo a la categoría de ideal educativo, lo contrapusieron al concepto humanista que ponía énfasis en la potenciación de la individualidad de la persona.

Esta postura es importante pues, siendo España el Estado europeo que encabezaba la lucha contra la reforma luterana, era lógico que se impusiera en el Nuevo Mundo recién conquistado. Las Indias significaron para la cristiandad católica una compensación de la pérdida sufrida en Europa. De allí nace la preocupación de los reyes hispanos para impedir que las nuevas tierras se contaminaran con las herejías nacidas en el Viejo continente. Y donde se puso mayor empeño en evitarlo fue precisamente en el campo de la acción educativa.

El sentido misional impreso a la conquista de América —de acuerdo con lo demostrado por el Dr. Vicente D. Sierra— hizo que la orientación impresa a la actividad educacional respondiera primordialmente a la difusión de la fe católica. La íntima comunidad de miras entre el Estado y la Iglesia dejó en manos de esta última la responsabilidad de conducir la enseñanza.

La concepción pedagógica en que se fundamentaba el quehacer docente era la misma que imperaba en España; de allí que persistieran los mismos prejuicios aristocráticos a que ya hicimos referencia.

Pero la necesidad de evangelizar a los indígenas dio lugar a una nueva orientación de los estudios. Las distintas órdenes religiosas desarrollaron una ímproba tarea para salvaguardar a los naturales de la explotación a que eran sometidos y crearon para ello las reducciones.

Bajo esta forma de convivencia era posible sustraer a los indígenas de las apetencias de los conquistadores y, al mismo tiempo, iniciar la tarea de asimilarlos al cristianismo. Pero los misioneros no se contentaron con su conversión al catolicismo. Apreciaron también que el trabajo era un medio potencialmente apto para realizar el trasplante cultural y para iniciarlos en la vida social. Por medio de él podían llegar a la adquisición de hábitos de orden y disciplina.

Pero este intento de conciliar la formación general con la capacitación profesional no pudo mantenerse debido a la expulsión de sus creadores —los jesuitas— dispuesta por Carlos III.

Sin embargo, durante su reinado, y debido a la influencia de la Ilustración se va a producir un cambio que derivará en realizaciones similares a las llevadas a cabo en América por los misioneros.

La conciencia de la decadencia española llevó a los pensadores hispanos a buscar en “un orden racionalmente ordenado por la voluntad de un legislador”³ la solución de los problemas que padecía España.

Esta postura implicaba el rechazo de la tradición y la consiguiente exaltación de la razón como medio para reconstruir la sociedad. La utilidad racional será para los reformadores la medida de todas las cosas. Una prueba de ello es la expresión del padre Feijóo en su obra “Teatro Crítico”, en la que se pregunta “si las múltiples fiestas religiosas no apartan a los hombres de las labores útiles”.

La aplicación de este principio les ofreció un nuevo punto de vista para entender los problemas del universo y les hizo sentir plenamente la conciencia de que tenían ante sí la oportunidad de transformarlo radicalmente.

La confianza en el poder modificador de la ciencia dio origen a una nueva fe que los pensadores españoles trataron de conciliar con sus creencias religiosas. Encuentran la síntesis en el estudio del mundo creado por Dios, y de allí precisamente parte la concepción que determinará su enfoque de la educación.

Las ciencias útiles son el requerimiento que reclama la época para el mejoramiento de la sociedad. Pero la ciencia será útil en la medida que se pueda transferir a las actividades que permitan el progreso material.

De allí surge la valoración de los oficios. Los literatos de la época elogian en sus obras a los trabajadores y denigran la ociosidad de la nobleza. Para impulsar esa tendencia, el rey Carlos III dispuso proclamar como honrados y dignos los oficios que la antigua legislación calificaba como bajos y viles.

La necesidad de recuperar la decaída economía española determinó el aliento a las actividades agropecuarias e industriales y la preocupación por capacitar para las mismas a la población.

Campomanos, en su obra “Discurso sobre la educación popular”, hace la distinción entre la educación general y la educación técnica, señalando para esta última la finalidad de preparar a las

personas para el trabajo. Y mientras insiste en la necesidad de incrementar la enseñanza de las ciencias exactas y experimentales, por su carácter de instrumentales para la educación técnica, denigra las asignaturas humanísticas.

Esta nueva dirección del pensamiento pedagógico peninsular se va a reflejar en los Reinos de Indias. Un largo fragmento, tomado del trabajo en que Octavio Gil Munilla expone su tesis respecto del proceso de emancipación americana, lo confirma. De acuerdo con la misma, la emancipación no es más que un alzamiento de los burgueses americanos, que, al igual que los peninsulares, se pronuncian contra una estructura social que no les permite ocupar el lugar de privilegio que merecen, y a la que la incomprensión de las Cortes de Cádiz hizo derivar hacia la senda de la independencia:

"El naturalismo enciclopedista, tan característico de los medios aburguesados y racionalistas del siglo XVIII, se manifiesta en América provocando el entusiasmo por las ciencias de la Naturaleza, la fundación de centros docentes, como la Escuela de Minería, y la floración de una serie de sabios: Ruíz y Pavón o Rodríguez Mendoza, tras los que surgen Unanue y Caldas, los dos criollos más universales.

Del estudio de la naturaleza se pasa inmediatamente al estudio de la sociedad, y aún es más patente en este campo la conexión entre lo que ocurre en Europa y en América. El problema educativo, que en España plantean o intentan resolver personalmente Feijóo, Jovellanos, etc., y orgánicamente las Sociedades Económicas de Amigos del País, tiene especial gravitación en América. Puede establecerse un paralelismo entre las preocupaciones suscitadas en ambos sitios con respecto al mismo problema. Cuando un abogado venezolano, Miguel José Sanz, se enfrenta en 1770 con la cuestión educativa, lo hace planteándola en idéntica forma que Feijóo y llevando hasta sus últimas consecuencias las críticas del benedictino español. Otro de los problemas básicos, el de la exaltación del trabajo manual tan característico de los burgueses españoles, se enfoca en América de manera semejante, y las soluciones de Manuel de Salas, el gran reformista chileno, están orientadas en el mismo sentido que las de los españoles Olavide y Campomanos, a cuya influencia directa estuvo sometido. Y, por último, el tercero de los grandes problemas de los ilustrados españoles, el económico, en cuanto se refiere a las fuentes de la riqueza nacional, es también análogamente estudiado en España y América. El esquema de Jovellanos coincide en sus rasgos fundamentales con el del ya citado Manuel de Salas en su "Estado de la agricultura, industria y comercio del reino de Chile", y con el de Belgrano en sus "Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio de un país agricultor", ambas obras de 1796. ¡Hasta los títulos son similares a los de los escritos españoles!".⁴

Pese a que el Virrey Vértiz, inspirándose en la prédica de los

ilustrados españoles, inició la reforma de la educación, la misma no pudo obtener fecundos resultados a causa de la gran dispersión de la escasa población existente en un vastísimo territorio que contaba, además, con precarios medios de comunicación. Por esa circunstancia, se comprende la poca eficacia de las medidas que pudieron adoptarse en orden a la extensión de los servicios educativos.

El Obispo de Córdoba del Tucumán, Fray José Antonio de San Alberto, tuvo la misma inquietud y la misma fuente de inspiración, como lo comprueba su creencia en la necesidad de poner la educación al servicio de la capacitación para el trabajo, pero acertadamente apreció que no era factible, por las razones apuntadas, multiplicar el número de establecimientos escolares, por lo que era preferible mejorar los existentes.

En esta época se ocupó también de la problemática educativa el Dr. Manuel Belgrano, de quien sostiene Armengol Moya que "es el precursor y fundador de la escuela pública argentina, fundamentando su opinión en la preocupación que evidenció durante toda su vida el creador de nuestra bandera por la difusión de la educación".⁵

Su pensamiento en la materia está basado en las ideas de Feijóo y Jovellanos, como lo demuestra la cita de Gil Munilla, y en sus afirmaciones sostenía que nunca tendríamos ni agricultura, ni industria, ni comercio prósperos si no contábamos con un pueblo ilustrado.

El autor citado extracta diversos textos que aluden al tema que fueron publicados por Belgrano en el "Correo de Comercio" y luego sintetiza, en un decálogo, las grandes tesis sostenidas por el ilustre patricio para resolver el problema de la educación popular, que por su importancia transcribimos:

- "1) Que los poderes públicos se empeñen con decisión.
- 2) Multiplicar las escuelas.
- 3) Hacer obligatoria la asistencia escolar.
- 4) Establecer escuelas gratuitas.
- 5) Popularizar el deber de la enseñanza.
- 6) Retribuir adecuadamente a los maestros.
- 7) Que los padres pudientes ayuden a pagar a los maestros.
- 8) Crear escuelas para niñas y escuelas profesionales para mujeres.
- 9) Establecer escuelas de oficios.
- 10) Crear la Escuela de Comercio".⁶

Respecto de la educación de la mujer, el vencedor de Tucumán y Salta escribió lo siguiente: "Igualmente se deben poner escuelas gratuitas para las niñas, donde se les enseñara la doctrina cristiana, a leer, escribir, coser, bordar, etc., y principalmente inspirarlas en el amor al trabajo para separarlas de la ociosidad, tan perjudicial o más en las mujeres que en los hombres".⁷

En lo referente a las escuelas de oficios no se conforma con aconsejar su creación, sostiene además que deben modificarse los contenidos y los métodos de enseñanza para que los mismos apunten a fines prácticos. Finalmente aboga por la creación de una escuela de comercio con las siguientes palabras:

"La ciencia del comercio no se reduce a comprar por diez y vender por veinte; sus principios son más dignos y la extensión que comprenden es mucho más de lo que puede suceder a aquéllos que sin conocimientos han emprendido sus negociaciones, cuyos productos, habiéndolos deslumbrado, los han persuadido de que están inteligenciados en ellos. Pero no es esto de lo que debo tratar y así pasará a proponer los medios de protegerlo.

Sea el primero una escuela titulada de Comercio, donde los jóvenes vayan a instruirse en la aritmética, en el modo de calcular la cuenta y razón, y tener los libros; en el cálculo y regla de cambio; en las reglas de la navegación mercantil, de los seguros, etc.; en el modo de establecer la correspondencia mercantil y mantenerla, en las leyes y costumbres usadas entre negociantes, etc. . . . donde al menos se les enseñen los principios generales de la geografía y las producciones de que abundan o escasean los países, a fin de que con estos principios puedan hacer sus especulaciones con el mayor acierto posible y que si se dedican al comercio les proporcionen ventajas y adelantamiento que los empujen al trabajo".⁸

En la misma línea del pensamiento de Jovellanos, propone la creación de una escuela de agricultura que permita a los jóvenes iniciarse en el conocimiento científico de la explotación de los recursos de la tierra.

Pero esta preocupación por la acción educativa no se agota en sus escritos. A sus esfuerzos se debieron las creaciones de la Escuela de Dibujo, de la Escuela de Náutica y de la Academia de Matemáticas. Si bien su vida fue efímera, estas creaciones nos revelan el interés que puso de manifiesto por cambiar la orientación puramente especulativa de la enseñanza que predominaba en nuestro medio.

Pese a que la revolución de Mayo le exigió desempeñar otras funciones, nunca olvidó en ellas su pasión por la educación, como lo demuestra la donación del premio que le concedió la Asamblea Ge-

neral Constituyente por su victoria de Salta, que destina a la creación de cuatro escuelas cuyo reglamento redactó personalmente.

Después de la experiencia de Belgrano no hubo en el país otros intentos de alterar la orientación heredada. Esa es la opinión de Alberdi que expresa de la siguiente manera en sus "Bases":

"Belgrano, Bolívar, Egaña y Rivadavia comprendieron desde su tiempo que sólo por medio de la educación conseguirían algún día estos pueblos hacerse merecedores de la forma de gobierno que la necesidad les impuso anticipadamente. Pero ellos confundieron la *educación* con la *instrucción*, el género con la especie. . .

Aquel error condujo a otro: el de desatender la educación que se opera por la acción espontánea de las cosas. La educación que se hace por el ejemplo de una vida más civilizada que la natural; . . .

Ella debe tener el lugar que damos a la instrucción en la edad presente de nuestras Repúblicas, por ser el medio más eficaz y más apto de sacarlas con prontitud del atraso en que existen.

Nuestros primeros publicistas dijeron: '¿De qué modo se promueve y fomenta la cultura de los grandes Estados europeos? Por la instrucción principalmente; luego, éste debe ser nuestro punto de partida'.

Ellos no vieron que nuestros pueblos nacientes estaban en el caso de hacerse, de formarse, antes de instruirse, y que si la instrucción es el medio de cultura de los pueblos ya desenvueltos, la educación por medio de las cosas es el medio de instrucción que más conviene a pueblos que comienzan a crearse.

En cuanto a la instrucción que se dio a nuestro pueblo, jamás fue adecuada a sus necesidades. Copiada de la que recibían pueblos que no se hallan en nuestro caso, fue siempre estéril y sin resultado provechoso. . .

Los ensayos de Rivadavia, en la instrucción secundaria, tenían el defecto de que las ciencias morales y filosóficas eran preferidas a las ciencias prácticas y de aplicación, que son las que deben ponernos en aptitud de vencer esta naturaleza selvática que nos domina por todas partes, siendo la principal misión de nuestra cultura actual el convertirla y vencerla. El principal establecimiento se llamó *colegio de ciencias morales*. Habría sido mejor que se titulara y fuese *colegio de ciencias exactas y de artes aplicadas a la industria*.

No pretendo que la moral deba ser olvidada. Sé que sin ella la industria es imposible; pero los hechos prueban que se llega a la moral más presto por el camino de los hábitos laboriosos y productivos de esas nociones honestas que no por la instrucción abstracta. Estos países necesitan más ingenieros, geólogos y naturalistas, que abogados y teólogos. . .

La instrucción, para ser fecunda, ha de contraerse a ciencias y artes de aplicación, a cosas prácticas, a lenguas vivas, a conocimientos de utilidad material e inmediata. . .

El plan de instrucción debe multiplicar las escuelas de comercio y de la industria. . .

Nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial, y para ello ser instruida en las artes y ciencias auxiliares de la industria.

El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser el hombre formado para vencer el grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente".⁹

La creación de una escuela de comercio y otra normal dispuesta por el Dr. Vicente Fidel López, a la sazón Ministro de Instrucción Pública de la Provincia de Buenos Aires, fue un intento de encaminar la educación media por la senda señalada por Alberdi. Pero la revolución del 11 de septiembre de 1852 derogó los actos administrativos que las habían erigido y suprimió además dicho Ministerio.

La lucha por la organización nacional no permitió a los gobernantes ocuparse de los problemas educativos. Una vez resuelta la misma en favor de Mitre, pudo éste ocuparse de dichos problemas. Su acción se limitó a la enseñanza del segundo nivel, pues por distintas razones no estuvo en condiciones de hacerlo con la de nivel primario, que recibió gran impulso durante la gestión de Sarmiento, su sucesor en la Presidencia de la República.

La orientación impresa a la enseñanza secundaria es la misma contra la que reaccionaba Alberdi. Una prueba de ello la constituyen estas expresiones de un prestigioso historiador recientemente desaparecido:

"Como criterio director de la actividad educacional, ninguno obraba tan enérgicamente sobre la acción como el de la exigencia social y política de elevar el nivel de la civilización del país. Más que otra doctrina, la de la necesidad social de contar con hombres capacitados para la acción social y política mereció la atención de las minorías dirigentes porque así parecía exigirlo el programa civilizador. . .

También lo fue la que inspiró la enseñanza secundaria, renovada en el país por Bartolomé Mitre, aunque ésta tuvo una orientación definitivamente minoritaria. Los llamados 'colegios nacionales' estuvieron destinados a la formación de pequeños grupos, 'de modo que el saber condensado en determinado número de individuos obre en la masa de la ignorancia —había dicho Mitre en el Senado—, difunda en ella una ley más viva y sostenga con armas mejor templadas las posiciones desde las cuales se gobierna a los pueblos enseñándoles a leer y escribir, moralizándolos, dignificándolos hasta igualar la condición de todos que es nuestro objetivo y nuestro ideal'.

Tal como fue concebida en su origen, la educación secundaria debía formar minorías cultas con una orientación decididamente humanística".¹⁰

Amadeo Jacques fue uno de los que contribuyó, en gran medi-

da, a fijar esa orientación para nuestra enseñanza de segundo nivel. Manuel Horacio Solari, en el Apéndice que escribió para la "Historia de la educación y de la pedagogía" de Ernesto Codignola, expresa al referirse al pedagogo francés:

"Señaló que la misión de la enseñanza secundaria era la de ser preparatoria, no para tal o cual carrera o profesión, sino para todos los trabajos de la vida". "No formará hombres especiales pero sí hombres listos y aptos para todo, que sepan a los dieciocho años de edad elegir con conocimiento de causa la carrera a la cual se sientan más inclinados; y que cualquiera que sea la vía en que los empujen las circunstancias o los lleve su vocación, se portarán en ella como hombres capaces y distinguidos. Ayudará, en una palabra, a aquella juventud que la patria le confía como su porvenir y su esperanza, a que suba a un lugar elevado, desde cuya altura, abrazando todo el campo de la actividad humana, se lanzará a su arbitrio en las diferentes direcciones que se abrirán ante ella en todos los sentidos, y en las que cada uno irá a labrar su surco, sin quedar extraño el trabajo común al cual deberán subalterarse con inteligencia los esfuerzos individuales". Vale decir, para Jacques, la misión de la enseñanza secundaria era dar al adolescente una formación cultural de carácter general; debía prepararlo para todo, sin conducirlo al término de nada".¹¹

En este último párrafo está condensado el espíritu que dio origen a nuestra enseñanza media. Es indudablemente el mismo que inspiró a la educación clásica.

Sucesivas reformas intentadas por diversos Ministros del ramo no pudieron alterar la vigencia de esas bases. Si bien se crearon escuelas normales, de comercio, de artes y oficios e industriales, la educación secundaria sigue siendo una escuela preparatoria.

Además, en la literatura de producción nacional sobre temas pedagógicos, son escasos los trabajos que están dedicados específicamente al estudio de la problemática de la enseñanza media. La gran mayoría de las obras en circulación son traducciones de libros extranjeros que, por supuesto, no siempre ofrecen soluciones aplicables a nuestra situación, lo que corrobora que nuestra tesis inicial es la correcta.

Determinada la validez de lo afirmado al comenzar este trabajo, sólo resta esperar que la promesa de cambio profundo que encierran los "Objetivos" mencionados pueda concretarse lo antes posible.

PEDRO JULIO VERTUA

NOTAS

¹ "Objetivos pedagógicos del nivel primario y del nivel medio. Contenidos mínimos del nivel primario común". Bs. As., Ministerio de Cultura y Educación, Centro Nacional de Documentación e Información Educativa, Nueva Serie Divulgación Nro. 14, 1977, pág. 11.

² 2 Ts., 3. 6-12.

³ Sánchez Agesta, Luis: "Introducción al pensamiento español del despotismo ilustrado" en "Historia de España" (Recopilación de estudios publicados en la Revista Arbor). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, pág. 334.

⁴ Gil Munilla, Octavio: "Teoría de la emancipación" en "Historia de España" (Recopilación de artículos aparecidos en la Revista Arbor). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, pág. 464 y 465.

⁵ Moya, Armengol R.: "Belgrano". Bs. As., Archivo Histórico, Biblioteca y Museo de la Provincia del Chaco, 1956, pág. 85.

⁶ Ibidem, pág. 87.

⁷ Ibidem, pág. 91.

⁸ Ibidem, pág. 92 y 93.

⁹ Alberdi, Juan B.: "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina". Bs. As., La Cultura Argentina, 1960, pág. 42 y sig. Lo subrayado está en negrita en el original.

¹⁰ Romero, José Luis: "El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX. México, F.C.E., 1965, pág. 37 y 38.

¹¹ Solari, Manuel H.: "Apéndice de la obra Historia de la educación y la pedagogía de Ernesto Codignola". Bs. As., El Ateneo, 1950, pág. 435.



Prof. Pedro Julio Vertua

Profesor Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Historia, egresado de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador. Ex-Secretario Académico de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador. Profesor Titular de Historia Argentina III en la Escuela de Historia.